

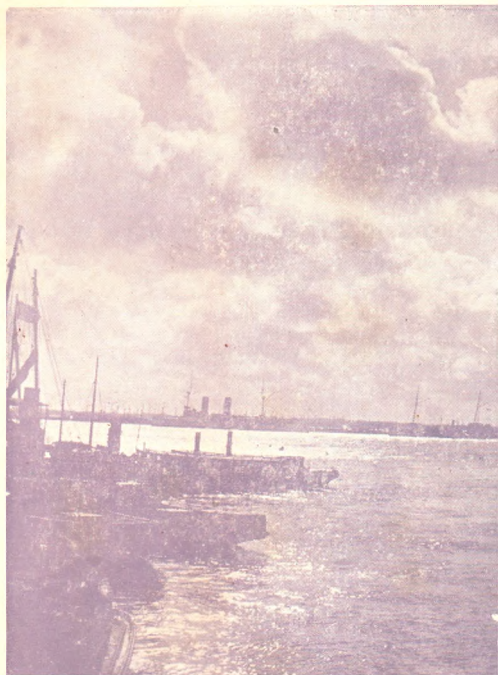
APOLO

AÑOS VIII y IX

Números 64 al 94

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

• • DE PÉREZ Y CURIS • •



MONTEVIDEO

DICIEMBRE DE 1914

Obras de Pérez y Curis

POESÍA

La canción de las crisálidas - El poema de la carne.
Heliotropos (Segunda edición).

Alma de idilio y Rimas sentimentales.

El poema de los besos (Edición Bouret).

El gesto contemplativo (Edición Bouret).

La Epopeya de la vida (Edición Ollendorf).

PROSA

Rosa ígnea, cuentos (Segunda edición).

Por jardines ajenos (Letras hispanoamericanas). — Edición Granada.

Páginas de estética: I. Arquitectura del verso. (Edición Bouret).

En preparación

El Marqués de Santillana (Estudio).

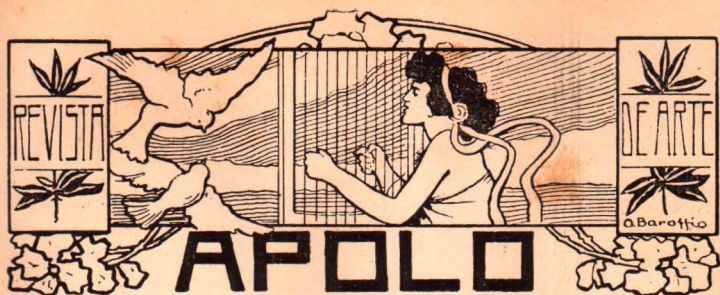
La ola (novela).

Literatura y Filosofía.

Libro de horas de un luchador (Prosas de combate).

Páginas de estética: II. Del concepto en poesía.

Eglogas y otras poesías pastoriles, seguidas de **Horas líricas.**



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador: LUIS PÉREZ

Redacción y Administración: 25 DE MAYO, 467

Años VIII y IX

Montevideo, Diciembre de 1914

N.ºs 64 al 94

Teoría de las Bellas Artes.

67580

Artes plásticas. — De lo bello. — Lo bello según Platón. — Multitud de teorías en el siglo XVIII. — Filosofía rapsodista. — Locke y Leibnitz. — Filosofía de los franceses en el siglo XVIII. — Su influencia en las artes. — Baumgarten. — Kant destruye la filosofía rapsodista.

Entiéndese por artes *plásticas* la arquitectura y la escultura; y habiendo querido el uso que no se comprenda únicamente en esta denominación las que revisten formas corpóreas, sino además las que sin esto se dirigen también a la vista, se deberá añadir la pintura.

Los franceses las llaman *artes del dibujo*; pero impropriamente, porque el dibujo por sí solo no constituye la esencia de la pintura.

Una denominación más general es la de *bellas artes*; pero en este caso deberían entrar en la nomenclatura la música, la poesía, la elocuencia, la declamación y el baile.

En las artes no buscaremos más que lo *bello*, no siendo de su dominio lo útil. Pero no llegaremos a la idea de lo bello sino por medio de una discusión profunda y razonada de las doctrinas filosóficas, por lo que principiaremos recapitulando todas las investigaciones que deben hacerse y se han hecho para llegar a conocerlo.

Platón fué el primero que trató detalladamente de lo bello, no en una discusión metódica, sino en alguno de sus diálogos. Pone en escena un sofista que se precia de enseñar al mundo donde lo encontrará; pero bien pronto se presenta Sócrates que confunde su vano saber y lo reduce al silencio (1).

Por lo demás, Platón se contenta con hablar de lo bello por

(1) Después de una larga discusión sobre lo bello, concluye su diálogo (Hippias) por estas palabras: «Es muy difícil decir cosas bellas».

medio de imágenes y semejanzas. En otro de sus diálogos lo define; «la potencia creadora que llama la inspiración, como el imán comunica al hierro su virtud atractiva». Más adelante, atribuyéndole un origen puramente celeste, lo hace descender como un reflejo de la esencia divina que se revela al mundo, donde, encerrado en un cuerpo terrestre, recuerda siempre el origen de donde procede. Lo bello despierta en el corazón del hombre un inmenso deseo de la divinidad; un amor infinito se apodera de él y le abrasa con su fuego; y este estado no carece de sufrimiento, porque entonces es lo bello quien presta alas al alma para que se lance a las regiones celestes, y ésta tiene que luchar contra los lazos que la retienen aquí en la tierra.

Aristóteles, que con sus vastos conocimientos ha procurado abrazar el mundo entero, material e intelectual, no ha tratado más que de la poesía y de la retórica, sin generalizar la idea de lo bello; y los demás filósofos de Grecia lo han considerado todavía de una manera menos satisfactoria. Los griegos formaban un pueblo de artistas, y estaban tal vez demasiado cerca del arte y de sus obras maestras para hacer abstracciones razonadas.

Los neoplatónicos forman la transición entre los antiguos clásicos y el mundo cristiano; ellos han comprendido las doctrinas de Platón en su sentido más profundo.

En los primeros tiempos de nuestra era desaparecieron las bellas artes, y con ellas el estudio de lo bello; mas desde que los tesoros de la antigüedad volvieron a ver la luz, el amor al arte se despertó apresurándose a producir. Pero los italianos se dedicaron poco a investigar su esencia, y la doctrina de Aristóteles, que reinaba entonces en las escuelas, no era favorable al desarrollo del sentimiento del arte.

* * *

En el siglo XVIII, por el contrario, aparecieron una multitud de teorías: después de haberse desembarazado de las trabas de la filosofía escolástica, la ciencia repudió todas las formas severas que hasta entonces se le habían impuesto, y de la misma manera que se estudiaron siempre las ciencias naturales, parcialmente y en detalle, así también se quiso hacer en la filosofía.

Los únicos filósofos que trataron sistemáticamente de lo bello, fueron: en Inglaterra, Locke, y en Alemania, Leibnitz. Profesaron doctrinas diametralmente opuestas; el primero ejerció una influencia mayor por el sensualismo, cuyo apóstol era, al paso que su rival, combatiendo por el espiritualismo, le fué muy superior por la profundidad y extensión de sus conocimientos. Con Bacon, las ciencias naturales habían adquirido un gran desarrollo. Locke estableció en su sistema que toda percepción resultaba de la sensa-

ción, y también hacía derivar de ella las nociones de ciencia y los sentimientos morales.

Esta doctrina fué adoptada y llevada hasta lo absurdo por los filósofos franceses, conocidos con el nombre de Enciclopedistas, entre los cuales nos limitaremos a citar a Condillac, Helvecio, Diderot y D'Alembert. El error fundamental de esta escuela consistió en querer hacer una verdad universal de lo que no era verdadero más que en un orden de cosas inferior y limitado. Según ellos, las sensaciones solas obraban sobre el espíritu, y en su virtud se convertían en materia. Esta doctrina que rechaza el buen sentido, fué predicada con una audacia y un cinismo que ofenden. Es la mano del hombre, dice Helvecio, la que ha creado su razón, y a aquella es a quien la debe. El pensamiento, añade Cabanis, no es más que una secreción del cerebro.

Esta doctrina extendió sus estragos hasta en las bellas artes, y desde entonces no hubo de bello más que lo que prometía goces a los sentidos.

La disertación que publicó el inglés Burke sobre lo bello y lo sublime no es más que el desarrollo de estos principios. Según él, pequeñas bolas pulimentadas darian la idea de lo dulce; las rugosidades de lo amargo; en fin, lo bello haría sufrir a las fibras nerviosas una sucesión de dulces vibraciones, mientras que lo sublime les imprimiría una conmoción general y deliciosa. Siguiendo este sistema, no se trataría más que de obrar sobre los nervios; lo bello y lo sublime se encontrarían en la botica, y un médico los podría opinar a sus enfermos.

Algunos osaron levantar su voz contra semejantes doctrinas, pero fueron sofocados.

* * *

Por el contrario, la filosofía de Leibnitz es sumamente profunda; pero está esparcida en sus obras en pensamientos aislados, en lugar de formar un cuerpo de doctrina. Sus discípulos, en vez de coleccionar y desarrollar estos pensamientos diseminados, no hicieron más que alambicarlos y diluirlos al infinito, o bien los encerraron en fórmulas vanas y vacías. Por los sentidos, dice Leibnitz en completa oposición con Locke, no se llega más que a percepciones de todo punto incompletas. Por lo demás, su clasificación de las facultades del alma en superiores e inferiores, estaba bien concebida para detener el vuelo de estas mismas facultades; consagra a las bellas artes las facultades de segundo orden, la imaginación y la memoria, que deben servirles de instrumentos. Únicamente a la lógica reserva las de primer orden.

Baumgarten fué el primero que formó de la estética una ciencia separada. Escribió en latín y en latín muy malo. No conocía los

cuadros de los grandes maestros, y no sabía de pintura más que lo que había leído en Plinio.

Sulzer y Mendelsohn lo continuaron; y Lessing, aunque por el vigor de su inteligencia dejó muy atrás a sus contemporáneos, siguió, sin embargo, esta escuela.

Apareció entonces Winkelmann; pero de él trataremos más adelante y en detalle.

El que primero marchó con un espíritu verdaderamente filosófico al conocimiento de lo bello fué Kant. Antes de presentarse como metafísico especulativo, había escrito, en 1771, sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime. Kant ha aventajado muchísimo a todos los modernos; y si no ha apreciado dignamente las doctrinas de los antiguos, y en particular las de Platón, ha hecho al menos un inmenso servicio destruyendo la filosofía *rap-sodista*. Reconoció como carácter esencial de lo bello la aparición inmediata de lo infinito en lo finito. Pero conocía muy imperfectamente las artes para llegar a felices aplicaciones. Su doctrina encontró en Schiller un elocuente intérprete; pero por muy honroso que sea para el poeta el haber procurado remontarse a la elevación de los conocimientos filosóficos, no es menos cierto que, siguiendo el sistema que él mismo estableció, nunca hubiera podido ordenar un drama.

A. G. SCHLEGEL



“Las canciones trucas”



Yamandú Rodríguez

Se ha anunciado la publicación de un libro de Yamandú Rodríguez, con el título que nos sirve de epígrafe. El laureado poeta de *Aires de campo* se revela en su nueva obra — cuyos originales hemos leído con verdadero placer — un dominador del verso, personal sin extravagancias y elegante sin amaneramientos.

Esperamos el nuevo libro del poeta y colaborador.

Estética y Literatura.

La escultura y la música se encuentran la una enfrente de la otra como masas opuestas. La pintura forma ya transición. La escultura es la firmeza y la música la fluidez en imágenes.

× × ×

Hay especies particulares de almas y de espíritus que habitan los árboles, los paisajes, las piedras y las imágenes. Es menester considerar un paisaje como una *Dríada* o una *Oréada*. Es menester que se sienta un paisaje como se siente un cuerpo. Cada paisaje es un cuerpo ideal para un género particular del espíritu.

× × ×

Todo objeto amado es el centro de un paraíso.

× × ×

El sonido parece no ser otra cosa que un movimiento quebrado, en el mismo sentido que el color es luz quebrada.

× × ×

En los verdaderos poemas no hay otra unidad que la del sentimiento o del alma.

× × ×

Los principios de la *fantasía* no serán los principios opuestos (pero no invertidos) de la *lógica*?

× × ×

La poesía es la heroína de la

filosofía. La filosofía hace de la poesía una base. Ella nos enseña a conocer el valor de la poesía. La filosofía es la teoría de la poesía. Ella nos muestra qué es la poesía, que es *una* y *todo*.

× × ×

Más personal, local, temporal, propio, es un poema, más cerca está del centro de la poesía. Es preciso que un poema sea absolutamente inagotable, como un hombre y una buena máxima,

× × ×

Búscase, para la poesía, que no es en cierto modo sino el instrumento mecánico para producir sentimientos interiores, cuadros, contemplaciones, acaso también danzas espirituales, etc. La poesía es el arte de excitar el alma.

× × ×

La filosofía suena como la poesía, puesto que todo grito en la lontananza se vuelve una vocal. Así, a lo lejos todo se hace poesía: montes lejanos, hombres lejanos, acontecimientos lejanos, etc. (todo se hace romántico), de ahí nuestra naturaleza esencialmente poética. Poesía de la noche y del crepúsculo.

× × ×

Hay una imitación sintomática y una imitación genética. La segunda sola es viva. Ella su-

pone la unión íntima de la imaginación y de la inteligencia.

× × ×

De ordinario, compréndese más fácilmente lo artificial que lo natural. Es menester más espíritu para lo simple que para lo complicado; pero menos talento.

× × ×

Todos los hombres son las variaciones de un individuo completo, es decir de un matrimonio.

× × ×

¿Qué es el hombre? Un tropo perfecto del espíritu.

× × ×

La mano se hace en el pintor la sede de un instinto, así como en el músico; el pie en el danzarín, el rostro en el actor, etc.

× × ×

Una obra de arte es un elemento espiritual.

× × ×

El poeta comprende la naturaleza mejor que el sabio.

× × ×

La pintura del carácter debe, como la de la naturaleza, ser auto-activa, personalmente universal, conjuntiva y creadora. Ella no debe representar lo que es, sino lo que podría y debiera ser.

× × ×

El artista está sobre la hu-

manidad, como la estatua sobre el pedestal.

× × ×

Hacer un poema es engendrar. Todo poema debe ser un individuo vivo.

× × ×

La poesía resuelve la esencia extraña en esencia propia.

× × ×

La música verdaderamente visible, eso son los arabescos, modelos, ornamentos, etc.

× × ×

Sonido: pasaje de la cantidad a la calidad. Color: pasaje de la calidad a la cantidad.

× × ×

Los contrastes son analogías invertidas.

× × ×

La poesía lírica es para el héroe, ella hace héroes; la poesía épica es para los hombres. El héroe es lírico, el hombre épico, el genio dramático. — El hombre es lírico, la mujer épica, el matrimonio dramático.

× × ×

Toda ciencia se hace poesía después que se ha vuelto filosofía.

× × ×

La poesía, en el sentido estricto, parece ser el arte intermedia entre el arte plástica y la música. ¿La medida corresponderá a la forma, y el sonido al color?

NOVALIS

El boa.

De Eglogas y otras poesías pastoriles.

¡Jamás he visto realizado
el noble ensueño de mi vida!

Lejos de las ciudades,
lejos de las usinas,
lejos de la liviana
muchedumbre pasiva
no he podido anegarme de los campos
en la serena soledad purísima.

Si acaso viera realizado
el noble ensueño de mi vida,
otras aspiraciones
y esperanzas habrían
de asomar en el alma,
como dolientes vírgenes cautivas,
clamando libertad para sus gracias,
para sus fiestas y sus romerías.

¡Oh, la serenidad que me sugiere
la visión de las fértiles campiñas
en que murmuran las acequias y alza
sus arrullos la tórtola y la rica
higuera de haces de sangrientos labios
se cubre, y da su corazón la viña!

Sólo un instante
gocé en el campo la sutil caricia
de la naturaleza; desde entonces
añoro los paisajes de la vida
espiritual, la glorias de las puestas
de sol y la fragancia de las brisas.

Es la ciudad un boa cuyo cuerpo
ciñe y tritura mis ideales; mísera
bestia que no has podido devorarme:
¿Quién tu boca ha sellado? ¿Eres cautiva
de algún encantador que te conjura
a quebrantar las leyes de la vida?

× × ×

Sólo un instante,
lejos de la metrópoli — guarida
de humanas fieras — remontó su vuelo
de mi ideal el águila divina.

PÉREZ Y CURIS

Poetas desaparecidos.



Delmira Agustini

×

De A. G. Schlegel.

En el próximo número publicaremos otros conceptos del estético alemán acerca de: *Los filósofos rapsodas.* — *Winckelmann, Rafael Mengs.* — *Hogart.* — *De la imitación en las artes.*

América.

Colombia:

La neurastenia de la servidumbre, que ha borrado toda noción de honor, en el cerebro de los regeneradores colombianos, ha llegado a su periodo álgido, y culmina en una especie de priapismo político, una verdadera *paranoia*, que no sabiendo ya qué deshonrar, resuelve deshonrar el mármol...

¿Sabéis de qué se ocupan ellos?

de erigirle una estatua a Rafael Núñez, y, de fundar una academia que lleve el nombre de ese Traidor;

con tal motivo Vargas Vila, ha dirigido la siguiente carta a un diario capitolino de aquel país.

23 rue Visconti 23

París el 15 de Abril 1914

Al Doctor: R. TIRADO MACIAS

Director de «*El Republicano*»

en Bogotá

Eminente compatriota amigo:

Llega hasta mi soledad, el rumor del delirante entusiasmo;

Colombia se apresta a hacer un homenaje nacional, a la *Virtud* a la cual debe toda su grandeza y, toda su ventura presente: la *Virtud* de la TRAI-
CION;

y, cuando llamo *Virtud*, a esta última, no hago sino usar el lenguaje de la Etica conservadora, en orgasmo de gratitud retrospectiva;

fanatizada por los dictados de esa Etica, Colombia va, a perpetuar en mármol, la efígie del hombre, que en nuestra historia ha representado y sintetizado

mejor esa *Virtud*, y, fué el Simbolo vivo de ella: Rafael Núñez;

una estatua va a serle erigida:

el Señor Marcos Fidel Suárez, uno de esos grandes hombres de mi país, ortólogo profesional, mitad santo, mitad sabio pone toda la santidad de su sabiduría, en hacer perdurar en forma de estatua, la Traición, y, en enseñar es culto de ella, a las generaciones que se levantan;

esa pedagogía del Crimen hace innúmeros prosélitos, entre los jóvenes, ya preparados por la Iglesia para ese culto aberrante;

y, una «Academia Núñez» acaba de ser fundada, por aquellos catecúmenos de la servidumbre;

me siento contagiado de esa Iscariofobia nacional;

y, en exasperación de ella, vengo a acusar a ese pueblo, de Ingratitud y, de Olvido;

hay un hombre, tan grande como Núñez, tan *glorioso* en nuestra política, como Núñez, tan beneficioso a la patria, como Núñez; tan merecedor de esa apo-teosis como Núñez, ese hombre es, el General ESTEBAN HUERTAS; *

glorificar a Núñez y no glorificar a Huertas, eso es hacer una traición a la Traición;

y, yo, vengo a profestar contra ese olvido, en esta hora tan honrosa y, tan digna de nuestra Historia;

si la mentalidad actual de Colombia, *
si la moralidad actual de Colombia, si

* El indio traidor que se vendió con sus fuerzas en Panamá y entrego el Istmo.

la Dignidad de Colombia actual han llegado a esta altura inconmensurable, en que la estatua de un Traidor, les es absolutamente necesaria, ese homenaje no debe limitarse a Rafael Núñez, debe extenderse también a Esteban Huertas que ha sido en ese campo un émulo digno de él;

Huertas, no solo completó, sino que encarnó la obra de Núñez;

la Traición de Huertas, fué el epílogo natural de la Traición de Núñez;

la pluma de Núñez, escribió la primera página de la Regeneración; la espada de Huertas; escribió la última;

Huertas fué, el Núñez de la espada; ¿no tienen ambos, el mismo derecho al homenaje de Colombia agradecida?..

haciendo un esfuerzo, para ponerme al nivel, de la dignidad actual, de una gran parte de mis compatriotas, creo que es llegada la hora, de:

erigir, por suscripción nacional, una estatua ecuestre, al General Esteban Huertas;

fundar una Academia Militar que lleve por nombre «Academia Huertas»;

no faltará un arpañón de adverbios, un gramático aburrido y aburridor, de

esos que la ineptitud nacional proclama ilustres entre nosotros, que se encargue del panegirico de Huertas, haciendo pedilecer de envidia a don Marcos Fidel Suárez, emulándolo en su tarea de erigir en dogma, la Traición, divinizándola, y, en perpetuar su culto, entre los jóvenes caquéticos y, los párvulos cretinizados de la «Academia Núñez»

levantando esas dos estatuas, Co'ombia Regenerada, se habrá levantado la suya;

haciendo esa Justicia, ella se ajusticiará;

lo merece;

es lleno del más desbordante orgullo nacional, que yo inicio esa idea, seguro de ser secundado, por los corazones orgullosos, de aquellos que han suscrito a la estatua de Núñez, y, a los cuales, me he encargado de recordarles, un nuevo ídolo, tan digno de su adoración;

de usted amigo y compatriota affmo.

Pargastila



Juan Boscán.

Boscán es de los llamados poetas de la escuela italiana y pasa por ser, con Garcilaso de la Vega, de los que con más tino introdujeron en la métrica española, las cultísimas y sonoras formas de la métrica italiana del siglo XV.

Boscán había leído a todos los grandes poetas italianos, desde el Dante hasta su época (escribió en la primera mitad del siglo XVI), y supo comprender admirablemente lo que había de adaptable y transfundible de una lengua a la otra.

Ennoblecíó, ductilizó y enriqueció nuestra lírica.

La Decadencia.

De un libro.

Desde la muerte de Calderón (1681) hasta la de Moratín (1828) se extiende en la literatura española, la época llamada Post-clásica o de Decadencia. En ella la poesía, los versos, mejor dicho, son enfáticos, petulantes, desabridos; no hay una sola poesía lírica que tenga la gracia y la elegancia de aquellas antiguas, que os he citado.

De mí sé deciros que noporto a D. Manuel José Quintana y que ni puedo con las ruinas de Itálica ni digiero la *epístola moral*.

Camado Nuevo



En días tristes.

Cual labrador que con pujante brío
desvastando del campo los abrojos
del claro sol a los fulgores rojos
granos siembra en el surco a su albedrío,
y en la noche al sentir el viento frío
se le llenan de lágrimas los ojos
porque teme encontrar sólo despojos
donde sembró la mies en el estío;

Así yo que en mis verdes primaveras
he sembrado en el alma las quimeras
engendradas en días halagüeños

al sentir los rigores de la suerte
temo que el soplo de temprana muerte
destruya la cosecha de mis sueños!

Julión DEL CASAL

El reloj.

I

Don Quintín Vélez era fornido, membrudo, arremolachado, con calva de chantre y vientre episcopal.

Frisaba don Quintín en los cincuenta y siete, distribuidos, treinta y tres entre legajos y actuaciones y los otros veinticuatro entre Códigos y Procedimiento Civil, comentarios de Derecho Penal e indigestos infolios juristas.

Porque don Quintín era actuario. Sentencias, interlocutorias y cedulones habían pasado a millares por sus manos, manos cortas, gruesas, con falanges porcinas y uñas de un bermellón suave.

La metodicidad de vida y costumbres de nuestro héroe habíase hecho proverbial entre clientes y relaciones: no fumaba, no bebía alcohol; percatábase de frecuentar teatros y paseos; jamás se le supo de novias ni de líos con amantes.

Don Quintín era un reloj. El mismo pregonábalo orgulloso. Desde el nacer su existencia veníase deslizando con una precisión admirable: nunca un desliz, un tropiezo, un retardo, un avance, una caída.

Abandonar el lecho a las siete; recogerse a las diez; desayunarse a las ocho; almorzar a las doce, y cenar a las siete y treinta y cinco. Pasar seis horas largas en su bufete, y otras

dos, muy escasas, de tertulia en la tienda «Del Avestruz». Destestar las pastas jugosas, los moluscos exóticos, los lechones epicúreos, las perdices tiernas, las aceitunas zumosas, las cremas, los budines y los bombones; codiciar el pucherele de *aguja*, los huevos pasados por agua, el dulce de membrillo y el té flojo sin azúcar. Aborrecer la zarzuela, los cines, las audiciones musicales, los hipódromos, los cafés, los casinos, los paseos de playa, los deportes, las exposiciones artísticas; solazarse como un bendito cuando en tardes domingueras érale permitido sestear largo y roncar fuerte. Avinagrarle el gesto charlas y librejos sobre novelas, romances e historietas; amar la prosa grave y solemne de los litúrgicos y codificadores. No meterse en la bañera antes del 8 de Diciembre, fecha señalada en el almanaque para la bendición oficial de las aguas; hacer vigilia con bacalao y porotos en Viernes Santo; vestir siempre de negro, con levita de corte mortuario, por causarle desazones los paños de fantasía, las telas claras, las corbatas vislosas y los guantes color patito.

Sí, Don Quintín Vélez era un reloj: un bello cronómetro de carne y hueso, pero con nervios de cáñamo rebeldes a las locuras y a todo conato de modernismo o extravagancia.

Y así su vida deslizábase dichosa, recta como una horizontal.

Y así Don Quintín veía gozoso acrecentar a diario su fortuna de célibe ya más que maduro, sin mujer, sin hijos, sin novia, sin amantes.

II

Transcurrió un lustro. Don Quintín avejentaba, lenta pero sosegadamente. Su calva era una bola de marfil brillante; su vientre un aerostato pronto para soltar amarras. Arrugas hondas partíanle los carrillos, la frente, la barba, el cuello ancho y coloradote. Su decadencia física delatábase palpable: Don Quintín había entrado de lleno en un periodo, álgido de petrificación.

En su bufete, mal oreado y humilde en lujos, veíasele entre papelotes, sumido en un sillón vetusto, casi colonial, de pie de caoba milenaria y cojines de cerda burda. Veíasele allí como incrustado, tal un tornillo o un gran clavo cabezón.

Mas ¡qué modelo de vida la suya! ¡Qué sobriedad anacoreta la de todos sus actos! Hasta en escrituras él sólo empleaba frases sabidas a ojos cerrados, convertidas por Don Quintín en preciosos clichés para el uso y abuso de sus tantos protocolos, notas, informes y correspondencias.

¿Y de salud?.. Perfectamente. Sin tiempo para enfermarse. Nunca un nimio constipado; ja-

más una torpe indigestión. Hasta la simplicísima magnesia y el familiar eucaliptus eran perfectamente desconocidos.

En oyendo mentar enfermedades, Don Quintín sonreía con sorna, con mortificante incredulidad. ¿Enfermedades?.. ¡Mentirijillas, farsas de la gente ociosa y novelera! ¿Médicos, cirujanos, homeópatas, vegetarianos?.. ¡Una *runfla* de explotadores!

Y jocundo, jarifo, dándose acriadoras palmaditas sobre el sacrosanto vientre, todo él sonreía plácido feliz, henchido de jubilosa satisfacción.

III

Cierta tarde, allá en un Otoño gris y esplinado, La Parca tiró de Don Quintín. Fué un tirón seco, brutal, que inmovilizó a la víctima en pleno bufete, entre un mar de papelotes oficinescos y de actuaciones interminables.

Los amanuenses del actuario, vieron, no sin asombro, como éste, sin dar un ¡ay!, se inmovilizaba boca arriba en el sillón de caoba milenaria y cojines de cerda burda.

Viéronle abatirse allí en pleno campo de su batallar diurno, junto a la monstruosa pila de expedientes y a las montañas de escrituras; viéronle desmoronarse próximo al tintero chato, redondo y panzón como un ombligo budista; muy cerca de la lapicera burocrática; a veinte centímetros escasos de la barrita

de lacre, del sello oficial, del hilo de carrete, del sediento papel secante chupador insaciable de infinitos borrones y proveídos.

La exclamación fué entonces unánime: sin aspavientos, sin atrasos ni adelantos, sin tropiezos mayores ni menores, sin tentativas de compostura, el reloj se había *parado*!..

IV

Juan PICÓN OLAONDO

En su lecho de célibe, ahogado entre almohadas y cobertores, Don Quintín reaccionó:

¿Cómo? ¿Conque iba a morir?.. Tuvo miedo, terror, angustia; después, tristeza y amarga conformidad invadióle.

Y entonces, en un desfile rápido pero preciso, todo el kaleidoscopio de su vida hueca desfiló ante sus ojos engrandecidos por el pasmo: su vivir vacío de locuras, de amores y de querer; sus desayunos, sus almuerzos y sus cenas de cenobita, hurañas a manjares y licores que él jamás hubo gustado; sus tertulias de trastienda sustituyendo a la música agradable, a la ópera idealizadora, a la zarzuela vivaz, al drama que conmueve, a los conciertos playeros, a las dichas del amor; después, su ahorrar continuo que hacía dueño de un fortunón que, acaso al día siguiente de enterrársele, despillarrarían los

cuatro sobrinos calaveras que eran sus únicos y forzosos herederos...

¡Birrr!.. Don Quintín no quiso pensar más. Y en ese minuto postrero de vida y lucidez que aún restábale, tuvo una idea, fría, helada, que le descorcho el cerebro:

El siempre había sido un reloj...; pero un reloj *parado*!



FRAGMENTO

Los poetas son a la vez aisladores y conductores de la corriente poética.

NOVALIS

Para una hermana blonda.

Atavismo.

Tiene en su rostro pálido, yo no sé qué trasuntos
De telas anticuadas que subyugan, empero,
Algo que resucitan los borrosos asuntos
De Flandes, que ha tratado el pincel de Durero.

Obediente al influjo de ese extraño arcaísmo
Mi espíritu ha vivido en el siglo de oro;
Las tardes invadidas de acerbo misticismo
Y las noches paganas del palacio del moro.

Un tramonto la dije: Señora, a qué remota
Generación asciende la herencia de esa nube,
Que en vuestro dulce rostro tanta pena denota?
Mi pena—dijo entonces—sin duda alguna, sube

A través de atavismos, hasta una dogaresa
Que en los piadosos tiempos de la primer cruzada,
Por un enamorado trovador olvidada,
Deshojando unos lises se murió de tristeza...

Es mi resignación la de inmensa laguna
Que ni un rumor, ni un ave, ni una barquilla alegre —
Bajad hasta mi alma, es la hora oportuna,
La encontraréis en gracia del dolor que la integra:

Un canal Veneciano a la luz de la luna
Donde boga en silencio una góndola negra.

Yamandú RODRÍGUEZ



Responsorio.

Al Padre Hugo.

¡Oh, poeta, cuyo verso
de vasto ritmo y diverso
—torrente de oro disperso
ha inundado el Universo!—

¡Oh, lírico Sembrador
de ideas— Cultivador
de los Cármenes en flor
de nuestro reino interior!

Que sobre tu septicorde
lira de variado acorde,

De mi libro *Paris*.

la ingratitud no desborde
su olvido inmisericorde.

Y que, cual óptimo bien,
diademen tu cana sien
rosas del divino Edén
siglos y siglos.

Amén.

Paris, 1.º de Noviembre de 1913. — Panteón de
los Grandes Hombres.

La Querella del Clown.

De *Paris*.

Bajo mi alegre faz enharinada
es un macabro gesto el dolor mío
y, ante la estulta muchedumbre, río
con mefistofelina carcajada.

¿Qué sabes tú de lo que escondo? Nada.
Soy ataúd. mas no ataúd sombrío,
pues delata mi virgen atavío
que llevo muerta la ilusión soñada!

¿Qué estás lejos? y qué! seré el amante
De un imposible, amante sin fortuna
más desdeñado cuanto más constante.

¿Quién me ha inspirado como tú? ¡Ninguna!
¿Por luminosa, y pálida, y distante,
no fué la novia de Pierrot la Luna?

Juan B. DELGADO

Paris, 1913.





La poesía preclásica.

En esta sección publicaremos composiciones escogidas de nuestros poetas anteriores al Renacimiento.

Las serranas que hoy insertamos, — conocidas las dos primeras por el lector erudito, — son modelos de esa especie poética que con tanto éxito cultivaron los poetas gallegos y provenzales. El Arcipreste de Hita y el Marqués de Santillana son dos maestros: Bocanegra es un discípulo aventajado del segundo.

Cántica de sserrana.

Cerca la Tablada,
La sierra pasada,
Falléme con Alda
A la madrugada.

Encima del puerto
Cuydème ser muerto
De nieve é de frío
E dese rrucio
E de grand' elada.

Ya a la decida
Dy una corrida:
Fallé una sserrana.
Fermosa, lozana,
E byen colorada.

Dixel' yo a ella:
« Omillome, bella » —
Diz: Tú, que bien corres,
» Aquí non t' engorres;
» Anda tu jornada. » —

Yo l' dix': « Frio tengo
» E por eso vengo
» A vos, fermosura:
» Quered, por mesura,
» Oy darme posada ».

Dixome la moça:
» Pariente, mi choça
» El qu' en ella posa,
» Connigo desposa,
» E dame soldada ».

Yo l' dix': « De grado;
» Mas yo so cassado
» Aquí en Ferreros;
» Mas de mis dineros
» Darvos he, amada ».

Diz: « Vente connigo ».—
Llevóme consigo,
Djóme buena lumbre,
Com' era costunbre
De sierra nevada.

Diom' pan de çenteno
Tyznado, moreno,
Djóme vino malo,
Agrillo é ralo,
E carne salada.

Diom' queso de cabras:
Dyz': « Fidalgo, abras
» Ése blazo, toma
» Un canto de soma,
» Que tengo guardada: »

Dyz: « Uéspet, almuerza,
» É bev' é esfuerza,
» Calientat' é paga:
» De mal non s' te faga
» Fasta la tornada.

« Quien donas me diere,
» Quales yo pediere,
» Avrá buena cena
» E lichiga buena,
» Que non l' cueste nada ».—

— « Vos, qu' eso decides,
» ¿ Por qué non pedides
» La cosa certera? » —
» Ella diz': ¡ Maguera!
» Sy me será dada? »

» Pues dame una cinta
» Bermeja, bien tynta,
» E buena camisa,
» Fecha á mi guisa
» Con su collarada.

» Dame buenas sartas
» D' estaño é hartas,
» E dame halia
» De buena valya,
» Pelleja delgada.

» Dame buena toca,
» Lystada de cofa,
» E dame zapafas,
» Bermejas, byen altas,
» De pieza labrada.

» Con aquestas joyas,
» Quiero que lo oyas,
» Serás byen venido;
» Serás mi marido
» E yo tu velada », —

» Serrana señora,
» Tant' algo agora
» Non trax' por ventura;
» Faré fiadura
» Para la tornada ». —

» Dixome la heda:
» Do non hay moneda,
» No hay merchandia
» Nin ay tan buen día
» Nin cara pagada.

» Non ay mercadero
» Bueno sin dinero,
» E yo non me pago
» Del que non da algo
» Nin le dó posada.

» Nunca d' omenaje
» Pagan ostaloje;
» Por dineros faze
» Ome quanto'l plase:
» Cosa es provada ».

ARCIPRESTE DE HITIA

Serranilla VI.^a

I

Moça tan fermosa
Non ví en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa.

II

Faciendo la vía
Del Calatreveño
A Sancta Maria,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.

III

En un verde prado
De rosas e flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan graciosa
Que apenas creyera
Que fuesse vaquera
De la Finojosa.

IV

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes sopiera
D' aquella vaquera
De la Finojosa.

V

Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dexara
En mi libertad.
Mas dixé: « Donosa
(Por saber quién era),
¿ Dónde es la vaquera
De la Finojosa ?... »

VI

Bien como riendo
Dixo: « Bien vengades;
Que ya bien entiendo
Lo que demandades:
Non es deseosa
De amar, nin lo espera,
Aquessa vaquera
De la Finojosa.

MARQUÉS DE SANTILLANA

Serrana.

Llegando a Pineda,
Del monte cansado
Serrana muy leda
Vé en un verde prado.

Vila, acompañada
De muchos garzones,
En danza reglada

D'acordados sonos.

Qualquier que la viera,
Como yo, ¡ cuytado !..
En gran dicha oviera
El ser della amado.

Sola fermosura,

Tiene por arreo
De grant apostura,
Et muy grand asseo.

Cierto es que l'amara,
Car fué demudado,
Si non m'acordara
Qu' era enamorado.

Francisco BOCANEGRA

“El Marqués de Santillana

Libro en preparación.

FRAGMENTO DEL CAPÍTULO I

La biografía de Íñigo López de Mendoza ¿no os sugiere vastas y antitéticas reflexiones? ¿No veis al hombre, al político y al cristiano luchar simultáneamente, cambiar de rumbos y discrepar entre sí mientras el alma del poeta atraída aún por las cosas terrenales busca su emancipación por medio de la belleza?

Doblemente simpática pareceme la figura de tan insigne varón: su personalidad moral, aun contando sus defectos, es digna, por muchas razones, del más entusiasta elogio; sus méritos intelectuales son hoy indiscutibles aunque se les juzgue con un criterio exento de tolerancia.

Poeta, ante todo y sobre todo, él comprendió que la aristocracia, o mejor aún, la excelsitud del talento, excluye las diferencias de clase social, y, en tal sentido, no trepidó en corresponder a los requerimientos de algunos de sus coetáneos que luego le rindieron el tributo de su admiración. Pedro José Pidal, José Amador de los Ríos y Marcelino Menéndez y Pelayo dudaron siempre de esa corriente igualitaria impuesta por las dotes intelectuales; no me sorprende ninguna manifestación retrógrada en quienes hacen distingos de razas y profesiones. Menéndez y Pelayo apenas puede disimular su mala impresión al consignar que el Marqués de Santillana mantenía correspondencia con Antón de Montoro a quien llama el erudito por excelencia “sastre remendón y judío converso por añadidura” (1).

Refiriéndose al mismo Antón de Montero cuya pluma mordaz e incisiva no tuvo par en el siglo XV, el señor Pidal no se explica su saber siendo como fué aquél pobre y judío. Su pensamiento y el de Amador de los Ríos corren parejas en cuanto se relaciona con los prejuicios de clases y razas. Yo lo siento por la mentalidad española; y, si bien reconozco la honradez literaria y las condiciones sobresalientes que, como historjadores de la literatura española, tuvieron los tres escritores precitados, debo advertir, en cambio, que sus conceptos de los menesteres humanos son muy pobres y ruines. Cuando ellos focan esos puntos aparece el reaccionario falto de experiencia que atribuye a los pudientes el patrimonio de la erudición y el talento.

El Marqués de Santillana realizó en la centuria décimaquinta lo que en la décimanona repudiaron fieramente conspicuos representantes de la cultura española. En aquella época de transición entre las edades media y moderna, un poeta de noble abolengo lucha por la abolición de clases mediante el talento al que también subordina las diferencias de raza; y cuatro siglos después, sus comentadores, en otro medio más democrático, trafan con harto desdén la condición social de los poetas del pasado. Ello enaltece la misión de Íñigo López de Mendoza, poeta franco y sencillo cuya fuerza pensante llena de clarividencia sustentó principios de humanidad, que hoy mismo suele desconocer la demagogía intelectual de los letrados conservadores.

(1) Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo V, Prólogo, página CCLXI.

Política, y no filosóficamente, fué el Marqués de Santillana un individualista acérrimo cuya única preocupación consistió en castigar el ensoberbecimiento del condestable Álvaro de Luna. Muchas veces su carácter piadoso y su gran cultura le impulsaron a obrar con bondad, reduciendo espontáneamente el alcance de un agravio u olvidando el gesto de prepotencia de su contrincante, el privado del monarca. Tras la tragedia de Valladolid, escribió el Marqués el *Dotrinal de privados*. Y es por esta composición acre y violenta que Menéndez y Pelayo le acusó en la última década del siglo pasado, de «enseñamiento póstumo», aun reconociendo que en sus luchas contra el condestable «no hubo sombra de alevosía ni de perfidia». Yo, en mi categoría de luchador, protesto contra tal acusación lanzada a todos los vientos por el ilustre polígrafo hispano. Porque Íñigo López de Mendoza no se enseñó jamás con sus enemigos; castigó siempre las insolencias de Álvaro de Luna, y, muerto el grande enemigo, creyóse obligado por su conciencia a enumerar los errores que éste cometiera amparado en su inmunidad de favorito del rey. Por otra parte, tremendas vicisitudes fueron anulando poco a poco su sensibilidad, y aunque un resto de conmiseración alentase en su alma, no era, por cierto, para exteriorizarlo ante el cadalso de un enemigo que, a pesar de sus grandes condiciones políticas, había perseguido el medro agotando todas las formas de la adulación junto al monarca, y del latrocinio frente al pueblo.

Yo no soy tan ingenuo para creer que el intento de Álvaro de Luna fué dar un golpe mortal a la nobleza con el ánimo de humillarla. Sé de algunos historiadores ahitos de conservatismo, que sostienen esa idea, mas también sé de otros que, propensos a fiebres imaginativas, y exasperados por un falso concepto de humanidad, afirman que el condestable luchó contra la nobleza persiguiendo un alto ideal de democracia que hiciera factible en Castilla la implantación de un régimen social igualitario.

La política interna en Castilla, durante el reinado de Juan II hasta la muerte de Álvaro de Luna, giró en torno de ambiciones e intereses cortesanos. No fué una lucha de clases sino una guerra de competencia la establecida por el privado contra los grandes del reino. ¿Qué mucho, pues, que éstos, en defensa de su patrimonio amenazado por la codicia, procurasen contrarrestar el empuje de un adversario poderoso abroquelado con su prerrogativa de favorito?

Francisco R. de Uhagón dice que el segundo *Dotrinal* por él descubierto «honra poco la nobleza de sentimientos del magnate, que habiendo recibido favores del condestable, a cuyo lado peleó en la batalla de Olmedo, tan poco respetuoso se muestra con aquella gran figura de D. Álvaro de Luna, etc., etc.» (1). Y Álvarez de la Villa sostiene que en el *Dotrinal de privados* el Marqués de Santillana «macula su nombre de poeta, mancillando la memoria del desventurado grande hombre decapitado en Valladolid por asechanzas de cortesanos concupiscentes y regias cobardías» (2). Los señores de Uhagón y Álvarez de la Villa encantarían con su candidez a las muchachas románticas y sentimentales. Su falta de experien-

(1) Francisco R. de Uhagón, *Un cancionero del siglo XV*. (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, Julio de 1900.)

(2) A. Álvarez de la Villa, *Prólogo a las Poesías del Marqués de Santillana*. (Michaud, París.)

cia sería perdonable si ellos no amoldasen sus modos de ver a los de Menéndez y Pelayo en cuya infalibilidad tantas veces destruida cree aún la juventud intelectual de Hispanoamérica. La Historia ha dejado establecido con elocuentísimos documentos que Álvaro de Luna trató a toda hora de humillar al Marqués de Santillana y a sus deudos, ¿Por dónde, pues, los favores del condestable?

Que ambos pelearon juntos en la batalla de Olmedo? Y bien: un mismo ideal los acercó transitoriamente. Pero, no olvidéis que en esa acción fué el Marqués de Santillana, capitán del rey, quien socorrió a su adversario convertido entonces en su compañero de armas.

Iñigo López de Mendoza no maculó jamás su nombre de poeta. La manifestación en contrario de Álvarez de la Villa sería de un efectismo cursi y grotesco si no fuera sofística y de tono sentencioso. ¿Qué hay de común entre el político y el poeta?—Nada, absolutamente. Y, sin embargo, en el autor de las *serranillas* la austeridad y el sentimiento del poeta se fundieron muchas veces con la magnanimidad del político y hombre de acción. ¿Contradice estas palabras su participación indirecta en la muerte del condestable? No lo creo. Empeñados en una guerra a *outrance* el bando del favorito y el de los desafectos a su gobierno; y fracasadas las tentativas hechas por el último para alejar o de la corte, único modo de restablecer la paz en el reino, no quedaba sino un medio para alcanzar el fin largamente acariciado: el tiranicidio; y éste fué consumado con la anuencia, o, mejor dicho, por orden de Juan II a quien había dejado de ser grata la persona del condestable.

La debilidad del rey favoreció primero el auge y aceleró después la caída de Álvaro de Luna. Falto éste de penetración psicológica, aunque dotado de una inteligencia poco común manifestada en juegos de intriga palaciegos y diplomáticos, nunca pensó en la enormidad de sus errores; cometió la indiscreción de envanecerse a la sombra del gobierno despótico que ejercía, y, al fin, cerrados los ojos a toda visión que no fuera la de su propia grandeza, cayó estrepitosamente, vencido por la sombra vengativa de Alonso Pérez de Vivero.

Iñigo López de Mendoza hubiera sido en nuestro tiempo el terror de los gobernantes prepotentes que sólo saben del derecho de la fuerza. Fué, es verdad, un fiero individualista; pero la tristeza y los dolores ajenos no dejaron de roer en su corazón hecho para la piedad y el culto de la justicia. Su temperamento *duplex* de luchador y de poeta ofrece rasgos contradictorios que no son sino el reflejo de su sinceridad. No hizo ninguna concesión a los políticos del bando opuesto, y, sin embargo, alentó con su palabra a los trovadores de ciertas escuelas que, aunque contrarias a la suya, le inspiraban respeto y admiración.

Fernando del Pulgar a quien alguien, según Capmany, ha comparado con Plutarco, por la austeridad de su criterio y rectitud de sus juicios, dijo, entre otras cosas, del Marqués de Santillana: «Era hombre agudo e discreto, e de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placía entender. En la confinancia de su persona e en el razonar de fabla mostraba ser hombre generoso e magnánimo. Fablaba muy bien, e nunca le oían decir palabra, que no fuese de noíar, quien para doctrina, quien para placer»

»Era caballero esforzado, e ante de la facienda cuerdo e templado, e puesto en
»ella era ardido e osado; e ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mez-
»cló jamás punto de cobardía... Gobernaba asimismo con gran prudencia las gentes
»de armas de su capitania e sabía ser con ellos señor e compañero. E ni era
»altivo con el señorío, ni raez en la compañía:

»Tenía gran fama e claro renombre en muchos reinos fuera de España; pero repu-
»taba muy mucho más la estimación entre los sabios que la fama entre los muchos.» (1).

Y Gómez Manrique y Diego de Burgos le rindieron homenaje póstumo, éste en su composición *Triunfo del Marqués*; y aquél en la suya, *El planto de las virtudes* y en la carta que la precede, dirigida al sexto hijo del Marqués, Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra.

Menéndez y Pelayo dice en el prólogo de la *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo V, página CXIII: «Nada semejante al asesinato de Alonso Pérez de Vivero puede encontrarse en la honrada biografía del Marqués de Santillana». Y reconoce, como he dicho, que en la lucha contra el condestable no hubo alevosía de parte de Íñigo López de Mendoza, en el cual el moralista austero y el hombre inclinado a las prácticas piadosas y humanitarias, se completan y funden en una sola entidad de innegable valor positivo.

El Marqués de Santillana no hizo su culto de la política; intervino en ella obligado por su patriotismo unas veces y otras por sus intereses materiales que amenazaban las garras del condestable. Cometió la debilidad de creer en el concepto patriótico, pero no se aferró a él con el miserable objeto de expoliar a sus contemporáneos ni le invocó jamás con el único fin del medro personal. Su personalidad política — a la que intento vindicar de las torpes acusaciones que la posteridad le ha arrojado, — ha sido mal juzgada por literatos y poetas cuya escasa honradez histórica merece la más violenta censura del historiador; hasta Eduardo Marquina, exaltando el sentimiento patriótico que cree encontrar en la persona de Alvaro de Luna, le asigna un rol poco honesto en *Doña María la Brava*. Y ello no me sorprende porque casi siempre que un literato o un poeta abordan temas históricos, la verdad desaparece, usurpada su plaza por el más desdeñable y utilitario de los lirismos.

Íñigo López de Mendoza no fué, pues, un político militante de esos que a fuerza de genuflexiones y serviles actitudes logran coronar la cima de la opulencia material o de la admiración lugareña. Participó en la política porque sus intereses se lo exigieron imperiosamente, pero no se entregó a ella como la mayoría de sus contemporáneos. Su ideal artístico despreciaba por igual las avarientas inclinaciones de Alvaro de Luna y los gestos de humillación de los trovadores áulicos semejantes a Juan Alfonso de Baena. Dotado de un fino espíritu práctico que se revelaba en sus manifestaciones políticas sin ejercer predominio sobre sus facultades intelectuales, sabía infundir a sus versos la corriente del más puro idealismo. Fué, pues, la suya, una personalidad *duplex* y, por ende, desconcertante. El luchador y el poeta armonizaban en él observándose mutuamente y prodigándose amables reconvenções.

(1) Antonio Capmany, *Tesoro de los prosadores españoles*, edición de Ochoa, página 94.

Esa dualidad del espíritu, para mí maravillosa, demuestra aún que el estado de perpetua poesía, si bien favorece a los poetas sentimentales e imaginativos, también perjudica, y enormemente, a los panteístas y a los cantores de las esplendideces y miserias humanas, porque mal pueden auscultar el corazón de la naturaleza ni sentir las influencias de la vida aquellos que permanecen en su torre de marfil como fieros cenobitas indiferentes al movimiento de la humanidad.

El Marqués de Santillana es, en tal sentido, el único poeta de su tiempo, porque su grande amigo Juan de Mena, imbuido de la alegoría dantesca, aunque exento de ese fondo de experiencia que es la savia de la poesía del Dante, fué, solamente, un imaginativo.

PÉREZ Y CURIS

Otoñal.

Los grandes artistas.

Han callado las cigarras;
No fingen un mar los trigos
Cuando el céfiro en la siesta
Mece los campos dormidos;

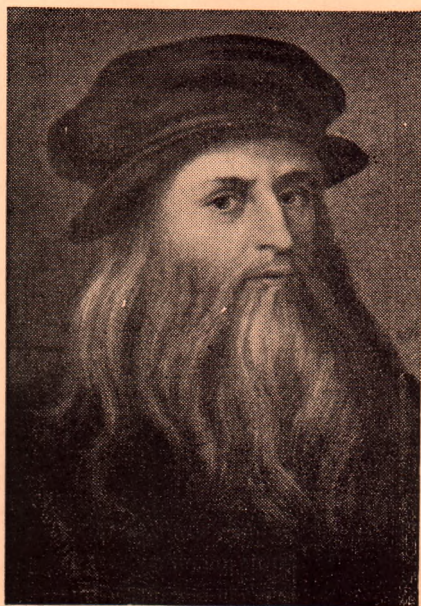
El viento llega impregnado
Del acre olor de los pinos.
Circulan por el ramaje
Misteriosos calosfríos;

Bajo del toldo de parra
Tiembla el último racimo,
Y en los aleros las aves
Abandonaron sus nidos.

Con el rostro entre las manos,
Silencioso y pensativo,
Desde la abierta ventana
El campo brumoso miro;

Dentro del alma sintiendo
Algo del paisaje mismo:
La tristeza resignada
De un cielo gris y tranquilo.

Francisco A. DE ICAZA



Leonardo da Vinci.

(1452 - 1519)

Una canción de Heine.

Sobre poética.

Tal vez sea Víctor Hugo el primer vate del siglo, por la amplitud de la esfera en que alzó el vuelo la musa de sus cantos; pero el gran poeta lírico del mundo en el siglo XIX, fué, sin duda, el genial y poderoso Enrique Heine. Ha sido el creador de la lírica moderna, aparte los decadentes y modernistas de última hora, que ya van de capa caída.

La musa de Heine sentimental, delicada y un poquillo irónica, pobló el ambiente de notas suaves, tiernas y quejumbrosas. Vistió de lindísimo ropaje el «*lied*» alemán, creado por Goethe, precursor de Heine en aquel género de poesía. El «*lied*» es la canción de amor ligera y sutil, el pensamiento alado que cruza el aire envuelto en colores de poesía, cual mariposa fugaz o pompa de jabón que estalla al deslumbrarnos los ojos con sus vivos matices. Heine perfeccionó el «*lied*» añadiendo al color la armonía y el perfume del sentimiento triste, el dolor penetrante y la malicia profunda del que ama aún con el escepticismo previsor del desengaño amoroso. Sus canciones amargas y satíricas, las estrofas del "Intermezo" y del "Regreso" son todavía el canon de los poetas que aman y sienten de verdad. Bécquer se inspiró en el gran

lírico alemán, y Bartrina siguió las huellas de Heine en la profundidad de sus pensamientos irónicos, todo lo cual no impide que Bécquer y Bartrina sean inmortales por la originalidad de sus obras.

Heine es el primer lírico de nuestros tiempos, y si no valieran otras pruebas para demostrarlo, bastaría con fijarse en que es el poeta más traducido de la época moderna. Solamente en lengua española, hay impresas más de nueve traducciones de las poesías de Heine, y de ellas he logrado reunir siete en mi biblioteca particular, debidas a los traductores siguientes: Herrero, Sellén, Pérez Bonalde, Llorente, Clark, M. M. Fernández, y un traductor anónimo. Existen además la de Eulogio Florentino Sanz y una traducción catalana.

Un poeta del que se hacen nueve o diez traducciones distintas en un país donde la literatura medra muy poco, ha de ser forzosamente un poeta de grandes y magníficos alientos. Y entrando ahora en la consideración que ha motivado estas líneas, voy a tener el gusto de comparar seis traducciones de unas de las más bellas y sentidas poesías del "Intermezo lírico" una canción ideal, un acorde purísimo de dos notas poéticas dulce-

mente armonizadas y compenetradas. El asunto es breve y sencillo: dos seres que suspiran devorados por la nostalgia de un amor exótico. Un pino de las regiones frías enamorado de una palmera del desierto.

Véanse las distintas formas en que vertieron al castellano tan delicada poesía los seis traductores siguientes:

De Antonio SELLÉN:

Se alza un pino solitario
del Norte en páramo yerto:
dormita con alma veste,
hielo y nieve lo han cubierto.

Sueña con una palmera
que en el Oriente distante,
sola, en silencio se aflige
en un peñasco abrasante.

De Jaime CLARK:

Sobre árida altura un pino,
en el Norte se adormece
cubiertas sus verdes ramas
de copos de blanca nieve.

Sueña con una palmera
que lejos, en el Oriente,
solitaria y muda llora
entre peñascos ardientes.

De José J. HERRERO:

Un pino se alza en la cumbre
de un monte del Norte helado.
Sueña: la nieve y el hielo
lo envuelven como un sudario.
Sueña con una palmera
que en el Oriente lejano
se alza solitaria y triste
sobre un peñón abrasado.

De M. M. FERNÁNDEZ:

Levántase un pino aislado
del Norte sobre una Peña
árida, en donde, embozado
en blanco manto formado

de nieve, dormita, y sueña
con una palmera hermosa
que, nacida en la pendiente
de una Peña o roca ardiente,
se consume silenciosa
allá abajo en el Oriente.

De Teodoro LLORENTE:

Envuelto en frío sudario
de hielo sobre un peñón,
se alza un pino solitario
del árido Septentrión.
Sueña con una palmera
que en el Oriental edén
en abrasada ribera
suspira y sueña también.

De J. B. PÉREZ BONALDE:

Se alza del Norte en la región helada
un pino solitario
y dormita del hielo y de la nieve
bajo el yerto sudario.

Sueña con una lánguida palmera
que en el lejano Oriente
aislada y melancólica se inclina
sobre una roca ardiente.

Examinadas con atención las seis traducciones, no vacilo en afirmar que las cuatro primeras son bastante defectuosas. Les falta gallardía en el concepto. La frase incoherente no tiene ritmo ni fluidez, algunos adjetivos son algo ripiosos; hay asonancias y cacofonías en la expresión, y el pensamiento no se desliza armónico y ligero a través de las palabras.

La traducción de Teodoro Llorente es muy aceptable por la energía de la expresión, aunque adolece de algunos defectos como los anteriormente citados: la forma, algo adocenada y vulgar en algún detalle, no deja de ser gallarda y expresiva en el final de la estrofa.

En cambio, la última traducción, la de Pérez Bonalde, es casi perfecta. Allí se puede admirar ante todo la belleza del ritmo. Cada verso tiene una melodía particular, jugosa y vibrante. Los adjetivos matizan y refuerzan la idea. No hay uno solo que estorbe y que no encaje perfectamente, contribuyendo a la fluidez y galanura rítmica del verso. No falta ni sobra allí una sola palabra para redondear el concepto. La imagen bellísima de la palmera se ofrece de un modo tan gráfico y espiritual en el verso:

Aislada y melancólica se inclina

que en él se dibuja la silueta de la palma en su forma gentil y en su caída oscilante, expresando a la vez en su actitud melancólica la tristeza de sentirse amada y no saber por quién.

Aquí el traductor buscó la expresión más correcta y feliz para indicar el sentimiento de un ser inanimado. Decir como se ve en varias de las mencionadas traducciones, que la palmera se aflige, o llora, o suspira, es em-

plear una metáfora algo impropia, aunque muy corriente y admitida; pero cabe en ello cierta perfección o delicadeza de frase indicando en los seres inanimados un sentimiento misterioso y raro que el poeta adivina en los aspectos de las cosas. Bonalde supo decir con mucho ingenio que la palmera estaba triste, sin necesidad de pintarla gimiendo o suspirando, lo cual sería un abuso de la metáfora, ya que no una impropiedad de lenguaje.

El estudio comparativo de varias versiones de una misma idea, es un medio eficaz para perfeccionarse en literatura; porque así puede uno apreciar entre distintas formas de expresión, la más clara y la más completa, la que impresiona mejor el ánimo, la que suena mejor al oído, la que se desliza en un ritmo elegante, la que responde mejor a nuestra manera de sentir y comprender las ideas, y puede uno, en fin, estimar con criterio propio el valor de una producción literaria, sobre todo si hay verdadero empeño en esta clase de estudios.

P. GIRALT

✕

Reflexiones y Máximas.

Es un gran signo de mediocridad loar siempre moderadamente.

✕ ✕ ✕

Lo que es arrogancia en los débiles, es elevación en los fuertes; como la fuerza de los enfermos es frenesí, y la de los sanos vigor.

✕ ✕ ✕

Fácil es criticar a un autor; pero es difícil apreciarlo.

VAUVENARGUES

La Hora Nueva.

Comprendo que ha llegado para mí una hora nueva,
una hora definitiva de infierno o de felicidad.
Todas mis entrañas se estremecen,
como las de un volcán
que sacude su sueño de siglos
y empieza, pausadamente, a despertar...

¿Qué amo en esta mujer de ensueño:
acaso la expresión extática de su faz,
la pureza de sus lineamientos estatuarios,
su sonrisa de nácar y coral,
la mirada ingenua de sus ojos asustadizos,
el ritmo de sus pies hechos para danzar,
su voz seráfica de lira herida por el plectro
o sus manos de una parsimoniosa majestad?

¡No! Yo amo en ella
el halo espiritual
que la circunda toda
como un anillo lunar:
yo amo en ella el soplo de misterio
que parece que, de la Eternidad,
la trae a mí, como una hoja desprendida
del gran Arbol del Bien y del Mal...

Siento que la amo
tal vez a mi pesar,
como si mi alma hiciese el renunciamento
de su voluntad,
para esclavizarse, con el gesto de Alcides,
delante de una rueca de cristal.
Siento que la amo en los siglos,
antes de nacer a esta Edad,

en la sangre de una princesa aborigene
fecundada par un rayo solar
o en la leche de una loba capitolina
que se tiende orgullosa de su maternidad.
Siento que la amo en la virtud egregia
de su patrimonio ancestral,
que se acrisola en ella, para tener en mis versos
el sitio preferente de mi Inmortalidad...

Amo el amor con que amo ;
¡ y esto me basta ya !
He vivido en cincuenta países
y he surcado cien veces el mar ;
pero, en todos mis viajes,
no he podido jamás
saber que, en el fondo de mi pecho,
tenía un corazón tan grande para amar...

José SANTOS CHOCANO

“ Mis versos ”

Tal es el título de un bello volumen de poesías que ha publicado últimamente Lorenzo Vicens Thievent.

Mis versos son un conjunto homogéneo y harmónico.

Paisajes, estados de alma, emociones, todo está allí descrito límpida e intensamente y en una forma fluida y galana digna de alto encomio.



Lorenzo Vicens Thievent

Vida Remota.

¿En qué mundo prelérito gozara
del amor de tu espíritu radiante,
oh dulce virgen misteriosa y rara
de inmaterial belleza alucinante?

¿Gocé tu alma en la ignota primavera
de una región de encanto peregrino?
¿Es mi leve añoranza una quimera?
¿Cruzó tu sombra grácil mi camino?

Cuando admiro en silencio tu hermosura
surge remota remembranza oscura
de mi sér, evocando íntimas cosas...

En una tarde azul nos encontramos
y pórticos de mármoles cruzamos
coronados de mirtos y de rosas.

Froylán TURCIOS

Canción de hasfío.

Cuando me prendes al ojal
gardenia blanca o roja flor,
cuando con sándalo oriental
aromatizas mi tocador;

Cuando entreabre tu abanico
las níveas alas de marfil
sobre tu seno duro y rico, —
en nuestro palco del Vaudeville;

Cuando entre pieles de Astrakan
vamos a casa en faetón,
y entre mis brazos de D. Juan
late de amores tu corazón;

Yo que las penas, ¡oh, mujer!
matar creía con tu amor,
sufro el tormento del Placer
y la nostalgia del Dolor.

Rufino BLANCO - FOMBONA

Notas breves.

Ha muerto en México Salvador Díaz Mirón. Fué este gran poeta uno de los líricos que más influencia produjeron entre la juventud intelectual hispanoamericana. En el Uruguay forman legión sus imitadores.



También ha muerto Lisímaco Chavarría, poeta costarricense conocido de los lectores de esta revista. Aunque no llegó a ser un gran poeta, Chavarría era admirado en la América Central a la par que Guillermo Andreve, Froylán Turcios y otros poetas y prosadores de aquella región.



Constancio Eguía Ruiz, jesuita español, es un escritor muy listo.

Ahí va la prueba:

«... extraños versos híbridos e inharmónicos»; «... aunque sea con giros triviales y abstrusas libertades métricas que en vez de fluidizar el verso le llenan de prosaísmos e intercadencias inesperadas».

(Pérez y Curis, ARQUITECTURA DEL VERSO, 1913, páginas 138 y 139).

«... de versos híbridos e inharmónicos, llenos de giros triviales y abstrusas libertades métricas y de prosaísmos e intercadencias inesperadas».

(Eguía Ruiz, LITERATURAS Y LITERATOS, 1914, página 445).



Hay escritores listos en todas partes, pero en nuestro país no faltan gentes de exquisito buen gusto.

Veamos:

En el número 36 de ADOLO, correspondiente al mes de Febrero de 1910, insertamos las siguientes composiciones del renombrado poeta español Luis de Oteiza, entresacadas de su libro BALADAS:

BALADAS DE LA TARDE

EFIGERAS

Botón que muere en la rama
sin haber llegado a flor:
suspiro preso en los labios;
nota que no tuvo són.

Con el ritmo de la hoja
que el viento otoñal llevó,
la pena de vuestra pena
pondré en doliente canción.

Y en esa canción la historia
de aquel desdichado amor:
botón que murió en la rama
sin haber llegado a flor.

CREPUSCULAR

Cada tarde cuando muere
alguna ilusión me arranca,
por eso al caer el sol
siempre hay en mis ojos lágrimas.

Las negruras de la noche
tras la luz de la mañana...
Tras la ilusión venturosa
la desilusión amarga...

Hay, cuando agoniza el día,
una agonía en mi alma:
cada tarde cuando muere
alguna ilusión me arranca.

Luis de OTEIZA

Son hermosas esas poesías, ¿verdad?

Pues bien: cierta revista uruguaya que, probablemente, ha dejado ya de existir, tuvo el gran acierto de reproducir la primera, respetando, según creo, su título, puntuación y orden tipográfico, y rindiendo de ese modo un justo homenaje a su autor.

Pero, he aquí que, los redactores de esa revista, o, en vez de los redactores, los tipógrafos encargados de su composición, o acaso ciertas personas allegadas a ellos, cometieron el pequeño y perdonable error de poner al pie, en vez de *Luis de Oteiza*, como era de esperarse, el nombre de *José Noef*. ¡Simple cuestión de firmas!

Nuestras felicitaciones al agraciado.



En «El Figaro» de la Habana, del 12 de Julio de 1914, nuestro colaborador y amigo personal Arturo R. de Carricarte, dedica unas páginas de pura benevolencia a Julio Herrera y Reissig. Destruye Carricarte la extraña especie de que el poeta uruguayo fué un desconocido, como pretende Blanco Fombona en su desgraciado prólogo al libro *Los peregrinos de piedra*, editado por la casa Garnier.

Pero, el juicio de Carricarte es inocuo. Nos sorprende, y muchísimo, que el crítico cubano tome en serio la opinión de ese pobre turiferario que es Más y Pí, e intente trazar paralelos de todo punto irrisorios, ya que Herrera, — talento únicamente reproductor, — fué el menos personal de nuestros poetas. Léase, sino, la vasta obra poética de Samain: *Au jardin de l'Infante*, *Le Chariot d'Or*, *Aux flancs du vase*, y *Los crepusculos del jardín*, de Lugones. Sólo leyendo a los maestros puede encontrarse a sus tributar:os...

Notas de Redacción.

En la sección *Bibliográficas* nos ocuparemos de todas aquellas obras que se envíen a nuestra Redacción en cantidad de dos ejemplares. Los envíos deben hacerse al Director de APOLO.

× × ×

APOLO solicita material inédito de sus antiguos colaboradores del exterior, los poetas y literatos:

Fernán Félix de Amador, Arturo Ambroggi, Guillermo Andreve, Ricardo Arenales, Santiago Argüello, Enrique J. Banchs, A. Bórquez Solar, Luis Roberto Boza, Tulio M. Cestero, José Santos Chocano, Luis Correa, Juan B. Delgado, José de Diego, Enrique Díez Canedo, Fernando Fortún, Abelardo M. Gamarra, Federico García Godoy, Bértoli Garay, Enrique Gómez Carrillo, Alfredo Gómez Jaime, Jorge González Bastías, Juan Guerra Núñez, José M. Guerra Núñez, Max Henríquez Ureña, Pedro Henríquez Ureña, Primitivo Herrera, Cornelio Hispano, Juan R. Jiménez, Guillermo Lavado Isava, Adolfo León Gómez, A. Z. López Penha, Manuel Machado, Luis Martínez Marcos, Augusto Martínez Olmedilla, Vicente Medina,

Edmundo Montagne, M. Moreno Alba, Francisco César Morales, Isaac Muñoz, Amado Nervo, Manuel S. Pichardo, G. Porras Troconis, F. Restrepo Gómez, Miguel Luis Rocuant, Alberto Sánchez, Felipe Sassone, Juan Serrano, Leonardo Sherif, Pedro Sonderéguer, Luis Tablanca, Felipe Trigo, Froylán Turcios, Manuel Ugarte, Luis G. Urbina, Felipe Valderrama, Pachó Valencia, Vargas Vila, Vásquez Yepes, Edmundo Velázquez, Rosendo Villalobos

× × ×

Agradecemos las atenciones de aquellos colegas hispano-americanos que siguieron enviándonos el canje durante el tiempo que duró la suspensión de nuestra revista.

× × ×

Acusamos recibo de las siguientes obras aparecidas en estos últimos meses:

Oriflamas, por Francisco Alberto Schinca; *Mis versos*, por Lorenzo Vicens Thievent; *Reliquias de oro*, por Pedro L. Berselche; *Las canciones de la huerta*, por Juan M.^a Oliver (hijo).

Sin excepción.

No se publican colaboraciones que no hayan sido expresamente solicitadas.

PÉREZ Y CURIS

ARQUITECTURA DEL VERSO

(Obra adoptada por los profesores de la materia en la Escuela N. Preparatoria de México)

El ritmo. — El arte métrica. — El acento. — La cesura — La rima.

El colorido plástico. — Licencias y vicios poéticos.

Versos simples. — Versos compuestos. — El verso suelto.

El verso libre en general. — La estrofa. — Composiciones poéticas.

El ritmo en relación con el género.

Un volumen de 328 páginas, encuadernado en tela: \$ 1.50

Para pedidos al por mayor, dirigirse a la casa editora: Viuda de Ch. Bouret, Rue Visconti 23, PARIS

LAUXAR

MOTIVOS DE CRÍTICA

HISPANOAMERICANOS

(Obra adoptada en los cursos universitarios por los profesores de la materia)

CONTIENE:

La literatura hispanoamericana: José María de Heredia, José Joaquín de Olmedo, Ricardo Palma, Rubén Darío, Domingo F. Sarmiento, Olegario Andrade, La Poesía Gauchesca, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, José Santos Chocano.

Literatura uruguaya: Francisco Acuña de Figueroa, Alejandro Magariños Cervantes, Juan Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Julio Herrera y Reissig.

Un volumen de 448 páginas \$ 1.50

Imprenta y Librería "Mercurio"
: : de Luis y Manuel Pérez : :
25 de Mayo, 467 - Montevideo

\$ 0.20